

PIKAZA, XABIER, *Historia y futuro de los papas. Una roca sobre el caos*, Editorial Trotta, Madrid 2006, 274 pp.

No le falta al Dr. Xavier Pikaza oficio teológico y amplia producción bibliográfica (no en vano fue durante años profesor de una Pontificia Universidad), pero su libro no responde a la tradición teológica cristiana ni, en particular, a la católica. Esto es importante señalarlo al comienzo de la reseña, para evitar equívocos.

Sus puntos de vista se inscriben en esa tradición hermenéutica que hunde sus raíces en lo que genéricamente se ha denominado *historicismo* (tan apreciado por la historia de las religiones o por la historia comparada de las religiones); un género muy interesante, pero inapropiado, al menos en la opinión del que suscribe esta noticia, para un enjuiciamiento sereno y contextualizado del origen de la Iglesia y su desarrollo. En otros términos, el historicismo dificulta el estudio histórico-genético de la institución del papado romano. De este modo, la monografía de Pikaza aparece como un conglomerado de muchas notas musicales, pero con muy mala armonía.

Para empezar, y esto es grave en un estudio de teología cristiana, no se afirma (más bien se pone en duda y se niega) la divinidad de Jesucristo: “Sólo quiso ser un hombre de Dios y poner su vida al servicio de las promesas religiosas (humanas) que habían anunciado los profetas. Hoy le llamaríamos laico o seglar. Era un predicador espontáneo, sin estudios ni titulaciones especiales, dentro de las tradiciones de Israel (en una línea profética), pero fuera de las instituciones poderosas de su entorno (templo, posible rabinato). Creía que Dios era Padre de todos los hombres y promovió un movimiento de sabiduría superior (enseñanza) y curación integral (salud) entre los marginados de su entorno, a quienes iba despertando, acompañando y animando, pues ellos eran destinatarios del *reino de Dios*, que es vida para los enfermos y hartura para los hambrientos y expulsados de la sociedad establecida”. Este párrafo compendia bien el punto de partida del autor. Después, al desgajar el cuarto evangelio de la tradición sinóptica (y a éstos del corpus paulino), puede afirmar que Jesús sólo fue un discípulo de Juan; que puso en marcha un movimiento (“movimiento de Jesús”); que murió solo en la cruz; que fue enterrado en una fosa común, sin que nadie pudiera reclamar su cuerpo; que las “discípulas-amigas”, que contemplaron de lejos su muerte, vinieron a presentarse luego como “verdaderas fundadoras de la Iglesia”; y que los relatos de la resurrección no son otra cosa que “reinterpretación creadora de la muerte y de la nueva presencia de Jesús”. *E così via...*

Esta monografía tiene dos vertientes, como señala el autor en su introducción: es un libro histórico (sic) y es un libro de tesis. Se divide en tres partes: “análisis crítico” de la figura y función de Simón-Pedro; dos mil años de historia del Papado; y actualidad y futuro de esta institución. Pikaza declara que su propuesta es una “refundación del Papado”. Es evidente, pues, que el autor establece un hiato o solución de continuidad entre Pedro y el Papado romano y que, por ello, se adscribe a los puntos de vista de los novatores del siglo XVI, que hablaron ya de una traición de la Iglesia católica a los ideales de la primitiva cristiandad. Pedro habría sido sólo agente pacificador entre las diferentes corrientes del primitivo cristianismo; el poder de las llaves recibido de Jesús se habría agotado con él.

En esta y otras muchas afirmaciones descubrimos de nuevo la gran paradoja historicista (común, por otra parte, a tantos análisis basados en la hermenéutica existencial), según la cual, para ser más fieles a la historia, habría que prescindir de la historia (en este caso, de la tradición). Se parte, en efecto, de que la historia-relato es crea-

dora de nuevas realidades (cosa cierta, en alguna medida); pero se postula, al mismo tiempo, que la historia-relato es ineluctablemente infiel a lo acontecido, de modo que el relato transforma y traiciona los hechos. En tal contexto, lo acontecido queda en la lejanía de los tiempos, sin posibilidad de ser asido por las nuevas generaciones. Todo lo que éstas digan de lo antiguo está deformado, si no falsificado. Sólo unos críticos privilegiados son capaces de conocer las cosas como realmente sucedieron y reciben la misión profética de desenmascarar (y desentrañar) los mitos criados por el relato. Este planteamiento conduce, evidentemente a un círculo hermenéutico de una radicalidad extrema. Rudolf Bultmann se habría sentido cómodo en este ambiente. El criterio bultmanniano de discontinuidad (*no quest*, no hay indagación posible) se inscribe en tales coordenadas. La conocida propuesta *there is no question* (no hay tema o cuestión), por causa de la discontinuidad o ruptura entre el Jesús-de-la-historia y el Cristo-de-la-fe, se traslada, en la obra de Pikaza, a la discontinuidad total entre lo que algunos denominan el “movimiento de Jesús” y la Iglesia de Cristo.

Sobre tales presupuestos, vale todo, se puede edificar cualquier cosa; incluso se puede presentar una “refundación del Papado” a la carta, es decir, según la imaginación del historiador o teólogo. En este sentido es paradigmática la relectura que Pikaza ofrece de la declaración sobre la infalibilidad del Romano Pontífice cuando habla *ex cathedra*: “Según eso –dice– la Iglesia católica es infalible en la medida en que renuncia a serlo de un modo impositivo, dejando de situarse por encima de otras confesiones cristianas o de otras religiones y, sobre todo, por encima de los pobres”. A partir de aquí, “la infalibilidad del Papa (de cada uno de los cristianos y los hombres que se mantienen en gesto de escucha y comunicación amorosa) sólo puede entenderse en perspectiva de pobreza agradecida, allí donde los hombres y mujeres se descubren amados por Dios y descubren que pueden responder amando (amándose entre sí, al servicio de la vida), en un diálogo en el que pueden ponerse de acuerdo porque el mismo Dios Padre lo anima y fundamenta”. De una reivindicación de la razón ilustrada, que el autor ha llevado a cabo poco antes, hemos pasado a la verdad entendida como amor mutuo..., en un contexto de “pobreza agradecida”. Esta impresionante declaración postmoderna se halla en las antípodas de la rehabilitación de la razón, tan deseada por los dos últimos Pontífices y tan necesaria, por otra parte, para clarificar posiciones y saber de qué se está hablando.

Por otro lado, no está de más advertir que está ausente del volumen toda posible referencia a la función jurídica del Papa como cabeza de la Iglesia, una sociedad integrada por hombres, en la que han de existir necesariamente relaciones sometidas al imperativo de la justicia en el orden del Derecho, y en la que el Pontífice ejerce una jurisdicción de ámbito universal que es necesaria, no sólo para el mantenimiento de la disciplina, sino también para la conservación y transmisión garantizadas de la doctrina. Es obvio además que, en la función de gobernar la Iglesia, el Papado ha de entrar en relaciones con la sociedad civil, y que la imprescindible independencia de la Iglesia y la manifestación de su Magisterio conllevan su presencia activa también en el ámbito de las relaciones entre personas jurídicas de carácter internacional. Por supuesto, todo ello está ausente de estas páginas, no tanto porque el autor lo considere ajeno al tema tratado, sino porque lo considera ajeno a la naturaleza que atribuye a la Iglesia y al ministerio petrino.